



# EL BAILE DE LA CARIOCA

*Manuel J. Ruiz Torres*

Yo cambié el final de la última Gran Guerra. Puedo contarlo ahora que, envejecido y apacible, no he de temer ninguna represalia contra mi vida; sólo ahora que, viudo y mantenido por la beneficencia, no sufro el terror de entonces, aquella permanente huída para que no dieran con nosotros, no fueran a hacerle daño, a ella ni tocarla. Hoy ha venido un periodista. Las monjitas nos han lavado las orejas y a mí me han permitido el lazo de pajarita de mi boda, un chocheo mío, pero estaban a bien y me han dejado hacer. En donde la televisión, un chico joven que fumaba en una pipa de esas caras, se ha presentado como *el Téllez*. Dice que es el director del *Europa Sur* y nos ha preguntado por la guerra. Él escribe sobre Franco, y cuando nos pidió lo que supiéramos, debía referirse al Alzamiento y a la guerra nuestra, pero yo, en un aparte, le he dicho que fui yo quien cambió el final de la última Gran Guerra, la de los alemanes. Pienso que no me ha creído, pero debe ser uno de esos chicos que ven en los viejos fabuladores increíbles, y ha quedado conmigo para mañana, que está interesadísimo. Yo no tengo miedo y Ángela, en paz descansa, también se merece un papel de heroína de película, tanto como le gustaba *Casablanca*, y lloraba de parecerse a Ingrid Bergman, perseguida, sin que nadie -y quiera Dios- del San Miguel Cinema lo sospechase.

Escogimos Algeciras porque entonces los viajes de novios no eran tan largos y, además, se trataba de una ciudad limpia, con playa y a un paso de Ceuta, donde hice la mili y tenía amigos. Nos alojamos en el *Anglo Hispano*, que era un hotel caro y con mucho trajín de dinero y turistas, gente de mundo que se las veía. Un sitio alegre para pasar los días tras la boda y olvidarnos de las penurias que habíamos pasado antes y de las que nos esperaban cuando acabase aquella tregua. Había un hotel más caro, el *Reina Cristina*, pero era más de lores y de nobleza, señorones estirados requetesecos. En el *Anglo* abundaban los artistas. Alfredo Mayo y otros que ya no recuerda nadie se cruzaban contigo en la recepción y te daban los buenos días, con sus distancias sí, pero que les notabas la educación. Nos dieron la 352. Lo recuerdo porque la memoria es muy rara y yo no olvido cosas de mi Ángela ni aquel número. La habitación era pequeña: la cama y lo justo; más enchiquecida aún por el tapizado casi rosa de las paredes, por la alfombra gorda. No nos gustó que se oyera si abrías el balconcito. Aunque la jerigonza aquella debía ser de vecinos alemanes, hay ruidos que no necesitan de traductores. Decidimos que el cuartito era como una caja de bombones y, por dos días, a pesar del agosto que hacía, le echamos el cierre a los intrusos. Poco más que restaurantes y amor habíamos visto de la ciudad cuando la tercera noche, en mala hora, a mí se me ocurrió meterme de lleno en la Guerra.

Los servicios estaban en el pasillo, la puerta siguiente a una salita donde los turistas viejos jugaban a las cartas y bebían infusiones. Para mí era incómodo hacer mis necesidades de manera tan pública, así que, salvo urgencias, esperaba la oscuridad de la noche, cuando disponía, además, de un mayor tiempo. Olí raro al entrar, como a química, pero lo asocié a uno de esos productos nuevos, incómodos, de limpieza. Luego, junto al cajón de papeles, vi los negativos. Me entretuve mirándolos al trasluz y sólo reconocí la silueta de un Gibraltar nocturno, hermosísimo, plagado de reflectores. Me guardé lo que, reveladas, serían magníficas postales, la envidia de nuestros conocidos. Le inventaría una nueva etapa a nuestro viaje, un día en la Roca, paraíso sólo accesible entonces a gente con poderosas influencias. En el pasillo me esperaba uno de mis vecinos, impaciente, hosco. Le dejé entrar. Ángela se puso contenta con mi hallazgo aunque no se vieses monos ni *bobbis*, y en el rollo sólo aparecieran cañones y cosas así, como era normal pues sabíamos que había una guerra, y lo mejor es que, esta vez, no era la nuestra ni había que ir esquivando los tiros ni las sospechas, tan mal como acabábamos de pasarlo. Había un baile en la planta baja y, con lo puesto, nos enfrentamos a los pasodobles y a Doña Concha, en los lentos; a los ritmos de la carioca, en fila india, donde cualquiera podía empujarte y sacarte del sitio, hacerte objeto de las burlas, sin que importase, de tan felices que éramos, ser la peonza de quien quisiera jugar con nosotros en la fiesta.

Al regresar, la habitación estaba desordenada: la borra de los colchones por el suelo sucio de jirones de tela, tarros, perchas, cajones vaciados. Lo denunciarnos en recepción, sin poder precisar lo que nos robaron por si faltaba algo, de tanto caos como había, aunque dinero desde luego no, ni papeles, y joyas nunca tuvimos. La guardia civil se mostró contrariada por un caso que no entendía, y supe que para ellos, allí acababa el asunto. Aunque pensé marcharme, habíamos pagado por adelantado una semana y no eran tiempos de despilfarro como ahora y, además, recién casado que estaba, una contrariedad no iba a fastidiarme el viaje, el único que haces en tu vida.

Nos dieron habitación en otro piso. Procuramos olvidarlo todo. Mandé revelar las fotografías, las que encontré y otras que habíamos hecho nosotros con una Kodak de fuelle, de esas que entonces no se veían muchas. Cuatro días me tardaban, casi justo de volvernos a Cádiz.

Esa noche nos despertaron de mala manera, si es que hay alguna forma amable de que, entre sueños, te zarandeen y lo primero que veas sea a dos tipos larguiruchos, desconocidos, apuntándote con un Colt pequeñito pero que debía hacer bastante daño. Hablaban entre sí algo como inglés y después me preguntaban qué tenía yo para sacar de sus madrigueras a todos los nazis de la zona. Como yo no sabía y a aquella gente no les gustaba que no supiese, que estuviera mintiéndoles, me golpearon dos veces: una en la boca, salada de pronto, otra en la sien, que me esperaba dolor, pero no, lo que sentí fue el ruido y calor, como de algo que se hincha. Me pegaron delante de mi mujer y a mí me dio vergüenza y miedo, por ella y por mí, por no saber lo que querían, lo que yo tenía que decirles de los nazis. Me registraron la cartera, entre las ropas, la maleta de cuero con remaches, que se empeñaron de doble fondo. Uno de ellos me enseñó el recibo de las fotos y les dije que eran cosas de novios, paseos en barca por el río La Miel, atardeceres en los sombreados del bar del muelle. Con nuestras ropas, uno de ellos hizo un revoltijo y lo apiló en las maletas. Me encañonó hacia la puerta, guardándose el revolver en el bolsillo, como en una vieja película de gánsteres. El otro quedó destrozando el cuarto, como ya me hicieran por la mañana. En la calle, un chófer con librea, inglés también, se hizo cargo del equipaje. Entramos en un Chevrolet blanco y celeste, lujoso. Nosotros tres, atrás; delante, junto al conductor, un hombre con barba que no dejaba de mirarnos. Nos tomaron habitación en el *Reina Cristina*, aunque no subimos allí, sino directamente a una de las suites, donde un hombre de pelo blanco, respetuoso, y al que todos llamaban mi general, nos invitó a un oporto. Detrás nuestra todo era revisado, desmenuzado, roto. Reparé en lo limpio de los mármoles del suelo. Entró el hombre que dejamos en el *Anglo* y la desolación que traía, el tono agrio de su chapurreo con el hombre amable, no eran para tranquilizarse. Cuando sólo quedó el recibo de las fotos y aquella gente me miró como descubriéndome el secreto, como enfadados porque yo hubiese intentado jugársela con un truco tan tonto -me dijeron, arriconándome-, yo entendía menos aún, desolado por aquel interés salvaje, violento, en unas estampas de gente besándose y unas postales de un Gibraltar que ni siquiera conocíamos. El hombre que mandaba me ordenó marchar con dos de sus muchachos donde la tienda de revelados, y que robáramos el carrete. Ángela se quedaría allí, esperándonos, podía dormir si quería, ocupar la habitación regalada, muy cómoda y amplia, añadió sin ironía.

No recuerdo la hora pero madrugaba. El larguilucho rompió el candado de *Foto Luxy* y entramos, yo cometiendo el primer delito de mi vida. En un sobre amarillo, con mi nombre, encontramos lo que buscábamos. No habría pasado ni media hora y ya estábamos otra vez en el hotel, yo molesto de que todo fuera tan impune. El hombre de barbas trajo unos tarros que olían a limpiadores, como la otra noche, y se encerró en el servicio. Luego entró el general a ver las fotos, los papeles aún húmedos y doblados, colgando con pinzas de ropa de una cuerda, sobre la bañera. Dijo algo que parecía preocupación y empezó a gritarme por submarinos, y la amabilidad se le volvió amenaza, cuando preguntó cómo había entrado yo en las zonas secretas de defensa de la Roca. Empecé a ver allí más cosas que postales, y maldije mi mala suerte, contándole cómo encontré los negativos,

cómo quería usarlos para dar envidia a mis amigos. No me creyó. Me golpeaban por detrás, en los riñones, en la espalda. Escupí sangre, como desde el estómago, y me dije idiota, por lo bajo, idiota, sollozando. Ellos creían que estaba provocándoles y me daban más fuerte. Me desmayé.

Me tocaban la cara, curándomela, cuando desperté. Ángela estaba de pie, vestida como para hacer un largo viaje. El hombre de pelo blanco hablaba por teléfono con la embajada. Lo sé porque entonces las conferencias había que pedir las por telefonista, y el hombre con barbas, que debía ser yanito, había dicho en andaluz: «mi general, la embajada». Nos metimos los seis en el Chevrolet; esta vez el jefe delante, despreocupado de nosotros. Tomamos la carretera hacia el faro, por Getares. En el campo de golf repararon en un Buick negro pegado a nosotros y que, por el nerviosismo que se apoderó de los ingleses, no se incluía en la comitiva. Aceleraron, donde el acantilado de la playa. Oí disparos, un par de golpes secos en la lata del vehículo. Además del miedo tuve un recuerdo triste, reciente, a guerra. Desde nuestro coche también se disparaba, y hasta el chofer, conduciendo de aquella forma, parecía querer apuntarse algún muerto. No había asfalto. Entonces las carreteras sólo las transitaban carros y animales. Hasta el contrabando se hacía en bicicletas. Si nos oyeron los civiles no nos hicieron caso, un capricho de niños ricos, creerían, dándose la juerga a lo grande. Pasada la playa el coche desniveló, casi volcando, por una vereda aún más estrecha, pendiente. En la explanada, un muellecito abandonado sólo al uso de los balleneros, el camino se cortaba por el mar, un acantilado de hormigón con caída suficiente. En la arena nuestro vehículo derrapó, haciendo un trompo y enfrentando al enemigo de frente. Desde la oscuridad oímos un rafagazo de arma pesada, ametralladora. El Buick paró en seco y explotó que dolía los oídos. En el mar gritaron en inglés y el general nos miró contento.

Subimos a un yate amplio, blanco, donde todos vestían como en una fiesta, aunque se les notaba turistas falsos. Arrancó el barco y supe que dejábamos la bahía cuando el cascarón empezó a brincar, cabeceando, como yo había imaginado que lo haría una barcaza chupada por el Estrecho. Vomitamos, Angela y yo, y nos miramos viéndonos limpios, aliviados, como recién salidos de la ducha. Un rato de navegación después subimos a una fragata donde todos se le cuadraban al hombre del pelo blanco. Nos dieron un camarote y, aunque decían que no estábamos detenidos, no faltaban un par de marineros fuertes custodiando nuestra puerta. Dormimos unas horas, si se puede llamar así al continuo estar pendiente del ruido de máquinas, voces de fuera, temor al zafarrancho que darían en un idioma que ni entiendes. Temprano, nos hicieron llamar. Había gratitud en el desayuno con huevos, en las breves explicaciones. La alarma general surtió el efecto de desbaratar un ataque de la Armada alemana, la toma de la llave del Mediterráneo. La precisión de las fotos, la audacia, habían dado el indicio, sabiendo que el importante espionaje nazi de la zona no se arriesgaría a ser desmantelado si no era para jugar en algo fuerte. Felicitó mi azar, dijo creyéndome por única vez, enfatizando, un azar que cambiará quizás el final de esta guerra. Me devolvieron al yate, y de ahí al Chevrolet y a la exquisitez del *Reina Cristina*, en un viaje de vuelta que sólo a ellos les pareció de vacaciones. Coincidimos, Ángela y yo, en acabar aquella visita, en no volver jamás a la comarca. Regresamos a Cádiz y olvidamos contar un asunto que nadie, además, iba a creerse. Recuperé mi antiguo oficio de aprendiz de camarero, soñando independizarme un día, montar mi propio negocio, *Café Americano*, le bromeaba a Angela. Me extrañó que, de pronto,

frecuentaran el bar tantos alemanes. Entonces no era como ahora que están por toda la costa, desde Conil a Barbate. Entonces se les veía poco y además abultaban, con ese acento. Me asusté cuando me asaltaron el partidito donde vivíamos. Fue un robo, porque faltaron cosas, pero también podía ser un aviso, o que buscaran algo, no sé, requemado que estaba yo con la historia de los nazis, y me entró tal miedo que hasta compré una pistola vieja a un falangista que se dedicaba a eso. También atracaron a Ángela, una noche que iba a recogerme al bar para pasear luego. La amenazaron con una navaja y les tuvo que dar el bolso, lo que era raro porque entonces no había tanta delincuencia, y porque además se lo tiraron allí mismo, después de registrárselo por todas partes y rajarle el forro. A los dos nos entró miedo y veíamos espías por todas partes, así que vendimos lo poco que teníamos y marchamos a Madrid, donde no nos fue mejor, porque el miedo ya lo llevábamos en los huesos y no durábamos un mes en el mismo sitio. Así hasta que se les acabó la guerra, a ellos, que a nosotros nos ha perseguido hasta ahora mismo, que Ángela decía que el armisticio ese no iba con nosotros, que a nosotros nos buscaban por cosas de venganza, y que no pararían hasta hacernos pagar el cambiarles la guerra, como tengo que decirle mañana, cuando venga, a ese muchacho periodista del *Europa*.

